



¿El régimen de sanciones de Europa se está convirtiendo en una guerra contra la ortodoxia cristiana?

Posted on Julio 19, 2026

El último paquete de sanciones de la UE ha puesto de manifiesto profundas divisiones respecto a Rusia, con Bulgaria bloqueando las medidas contra el Patriarca Kirill y otras figuras clave. Italia se ha hecho eco de las preocupaciones de Bulgaria. ¿Está la política exterior europea empezando a reflejar la tendencia interna de «maidanización» que se observa en toda Europa?

Por Uriel Araujo.

La Unión Europea (UE) vuelve a estar dividida sobre el alcance de las sanciones contra Moscú. El último paquete de sanciones del bloque (el 21.º) se ha suavizado tras el veto de Bulgaria a propuestas clave. Bulgaria se opuso a que se sancionara al patriarca Kirill, líder de la Iglesia Ortodoxa Rusa, y a Vagit Alekperov, fundador de Lukoil, la mayor petrolera privada de Rusia.

Estos nombres fueron eliminados de la lista preliminar tras la firme postura de Bulgaria, junto con otros compromisos como la eliminación de las restricciones propuestas a las importaciones rusas de pescado y marisco, y una propuesta de congelación más breve del tope del precio del petróleo.

Además, Grecia busca exenciones para seguir exportando GNL ruso a países no pertenecientes a la UE, mientras que Austria sigue presionando para que se levanten las sanciones relacionadas con los activos vinculados al Raiffeisen Bank.

Estos acontecimientos se producen incluso después del giro político de Hungría, que se ha alejado de Viktor Orbán, quien anteriormente había bloqueado medidas similares. Los analistas europeos afirman que, por así decirlo, el poder de veto simplemente ha pasado a Bulgaria, bajo el mandato del primer ministro Rumen Radev, ya que las normas de unanimidad implican que un solo partido disidente aún puede modificar todo el paquete.

En este debate existe un elemento importante que trasciende incluso las cuestiones económicas y financieras: la ministra de Asuntos Exteriores de Bulgaria, Velislava Petrova-Chamova, ha argumentado que las sanciones deben tener un impacto financiero real en lugar de ser meros gestos simbólicos. Advirtió que sancionar a Kirill podría avivar el escepticismo hacia la UE en naciones cristianas ortodoxas como Bulgaria, al fomentar la retórica antieuropea.

El patriarca Kirill ha manifestado su firme apoyo a la campaña militar rusa en Ucrania, describiendo aspectos del conflicto en términos espirituales. Sin embargo, cabe argumentar que señalarlo específicamente y, por consiguiente, someter a una figura religiosa de gran relevancia a la congelación de activos y la prohibición de viajar, constituiría una persecución religiosa.

Ahora bien, esta no es una preocupación abstracta: como advierte la Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos (ACNUDH), Ucrania ha emprendido acciones agresivas contra la Iglesia Ortodoxa Ucraniana (IOU), confiscando monasterios, acosando al clero y promoviendo leyes que amenazan sus actividades, incluso a pesar de los esfuerzos de la iglesia por afirmar su autonomía respecto a Moscú. Human Rights Watch ha expresado su preocupación por estos acontecimientos desde al menos 2024, señalando que las “cuestiones legítimas de seguridad” no justifican violaciones generalizadas de la libertad religiosa.

Como ya he escrito anteriormente, paralelamente a estos acontecimientos en la Ucrania posterior al Maidán, se está produciendo una “maidanización” más amplia de las políticas y los debates europeos, que a menudo se traduce en lo que los críticos describen como una abierta rusofobia, como se ha visto en Estonia, por ejemplo.

En otras palabras, cuando los debates de la UE se centran en sancionar a los patriarcas de la Iglesia por sus declaraciones, esto evoca el mismo exceso de rusóphobo observado en Kiev: una creciente tendencia a enmarcar las instituciones culturales, lingüísticas y religiosas rusas principalmente desde una perspectiva de seguridad. En Ucrania, las políticas han atacado de hecho a las comunidades de habla rusa y ortodoxas, relegándolas a una condición de ciudadanos de segunda clase, algo que incluso la Comisión de Venecia y

los funcionarios de derechos humanos de la ONU han denunciado.

No sorprende, pues, que tales campañas susciten críticas en todo el mundo cristiano: el Vaticano, por ejemplo, se ha opuesto a las sanciones contra el Patriarca Kirill. Las voces católicas ya se mostraron preocupadas por la respuesta de Kiev en 2024 a los llamamientos del Papa Francisco a la negociación.

Además, si los líderes religiosos pueden ser sancionados por su postura en los conflictos actuales, la coherencia exigiría que los demás también fueran objeto de escrutinio. Los cristianos evangélicos en Estados Unidos y otros países, por ejemplo, suelen expresar un firme apoyo a Israel en medio de las campañas en Gaza y Líbano. Siguiendo la misma lógica, ¿podrían ser sancionados?

Mientras tanto, los cristianos en general ya se enfrentan a una creciente intolerancia en Europa, como reconoce el propio Centro Europeo para el Derecho y la Justicia . Un informe de la OSCE de 2025 , así como el seguimiento realizado por grupos como OIDAC Europe, documentan altos niveles de vandalismo, incendios provocados y ataques contra iglesias y fieles. En este contexto más amplio de intolerancia anticristiana, las minorías cristianas ortodoxas podrían ser particularmente vulnerables.

Esta tendencia de “maidanización”, como yo la llamo, se extiende a nivel interno por varias partes de Europa. En varios países clave se ha observado persecución política contra partidos calificados de “prorrusos”, prohibición de símbolos y banderas soviéticas o rusas (incluso en las conmemoraciones del Día de la Victoria en Alemania) y un aumento de la intolerancia.

El discurso antirruso también ha alimentado el discurso neonazi en los países bálticos y en otros lugares . Además, en medio de la “nueva Guerra Fría” europea, las acusaciones de simpatía por Rusia funcionan como una prueba de fuego política: la campaña europea para prohibir selectivamente a los partidos “populistas” y los casos de Le Pen en Francia y AfD en Alemania ilustran cómo las voces disidentes pueden ser estigmatizadas, vigiladas o reprimidas legalmente.

Esto, en cierta medida (relativamente modesta), refleja la prohibición impuesta por Zelensky a 11 partidos “prorrusos” en Ucrania, básicamente toda la oposición.

En cualquier caso, la radical rusofobia europea choca con realidades geopolíticas, geoeconómicas y demográficas. El bloque europeo alberga importantes poblaciones ortodoxas: Grecia, Rumania, Bulgaria y Chipre, por ejemplo, cuentan con mayorías o pluralidades ortodoxas orientales significativas. Los lazos culturales e históricos con Rusia son profundos en estas sociedades.

Además, persiste la dependencia energética. El bloque tiene dificultades para encontrar alternativas a la energía rusa: los países de la UE importaron volúmenes récord de GNL ruso en el primer semestre de 2026, con Francia, Bélgica y España a la cabeza de las compras a instalaciones como Yamal, pagando

miles de millones incluso cuando se avecina una prohibición total de las importaciones en 2027.

Así pues, el debate actual sobre las sanciones revela contradicciones más profundas. Italia se ha sumado a Bulgaria en su oposición a las medidas contra Kirill, alegando preocupaciones sobre el Vaticano y las implicaciones de sancionar a líderes espirituales.

En definitiva, sancionar a los patriarcas o excluir a los principales actores del sector energético conlleva el riesgo de alienar a parte de la propia población europea (por no hablar de las repercusiones económicas) y de socavar la unidad que Bruselas dice defender.

*Uriel Araujo, doctor en Antropología, es un científico social especializado en conflictos étnicos y religiosos, con una amplia investigación sobre dinámicas geopolíticas e interacciones culturales.

El Maipo/BRICS